

LUISA FERNANDA CUÉLLAR

EL VIENTO
EN LA ARENA

LIBROS CANTO Y CUENTO

CAPÍTULO XIX

PROHIBIDO PROHIBIR

OTRA había sido la historia de su prima Aitana, la primogénita de Eva y Nicanor, unos años mayor que Valeria, pero con quien tenía una relación muy cercana. Aitana era la más voluntariosa de las primas. Era alta y corpulenta, jugaba al voleibol y siempre estaba a dieta. Era morena, de facciones finas y cabello castaño oscuro. Tenía unos ojos color miel que cuando miraban fijamente podían acariciar o destruir. Con el pretexto de perfeccionar el francés pidió a Nicanor que la enviara a París. Pero lo que en realidad quería era escapar del control que ejercían sus padres sobre ella. En París, rodeada de un entorno diferente, se involucró en el movimiento estudiantil de Mayo del 68. Una noche, Eva y Nicanor vieron con horror que en algunas imágenes del telediario aparecía Aitana. Estaba en pleno barrio latino, entre adoquines y barricadas, gritando ante los policías antidisturbios y enarbolando una pancarta que

rezaba *Nous sommes le pouvoir*. Inmediatamente la llamaron y le ordenaron que abandonara Francia y regresara a El Álamo. Aitana les respondió muy exaltada que no se movería de París. Dos días después volvieron a telefonarle con la esperanza de encontrarla más tranquila, pero no fue así. La segunda vez, Aitana les llamó burgueses y les echó en cara su indiferencia hacia las necesidades de la clase trabajadora. Entonces le advirtieron que tomarían medidas drásticas. Ella les desafió y permaneció en París, alentada en gran parte por Jean Paul, un joven estudiante radical del que se había enamorado y que la había contagiado de su inconformismo respecto al orden social. Sus padres le hicieron llegar su billete de regreso y dejaron de enviarle dinero. Poco tiempo resistió Aitana sin los medios económicos procedentes de Nicanor. Su querido francés no ganaba ni para comprar una *baguette*. No tuvo más remedio que volver a El Álamo, enfadada y decepcionada. Cuando bajó del avión, lucía un corte de pelo a lo *garçon*, estaba muy delgada, vestía con desaliño y llevaba en el bolso un paquete de píldoras anticonceptivas. Estuvo varios días sin salir de su dormitorio. Eva había ordenado, a espaldas de Nicanor, que cuando todos se levantaran de la mesa se le

subiera a su hija una bandeja con alimentos. Pero no probaba bocado. Aitana parecía inconsolable, había perdido el contacto con Jean Paul, había conocido una realidad social que no imaginaba y se debatía en una crisis interior que la hacía perder su equilibrio. Colocó un cartel en la puerta de su habitación que ponía *Il est interdit d'interdire* y aquél “prohibido prohibir” fue su forma de rebelarse contra todo lo convencional. Disfrutaba llevándole la contraria a sus padres y poniendo de manifiesto la hipocresía social.

Un día, después de tener una fuerte discusión con Nicanor, una amiga la convenció para ir a la inauguración de un albergue. Ahí le presentó a Pancho, un joven seminarista que se dedicaba a las causas sociales. De su mano, Aitana conoció a los marginados, escuchó sus reclamaciones, palpó su abandono y se convirtió en una entregada activista. Pancho la convenció para que impartiera clases a los adultos en unos barracones acondicionados como aulas. Pero ella fue más allá. Aprovechando su posición social y sus contactos, organizó lo que fue uno de los primeros bancos de alimentos.

Su principal proveedor era el supermercado de Nicanor, que para entonces, se había convertido en una cadena que se extendía a lo largo y ancho

del país. Eva veía con buenos ojos el cambio de su hija. No así su padre, quien recelaba de la amistad con aquél seminarista al que no le veía mucha pinta de llegar a ser cura. Y no le faltaba razón, Pancho no llegó a ordenarse porque se enamoró de Aitana, de su voluntad inquebrantable, de su entrega a los demás y de su mirada color miel. Pronto anunciaron su compromiso. Eva y Nicanor lo intuían, pero comprobarlo les resultó incómodo. Pancho no pertenecía a su clase social, lo cual impediría que su hija llevara el tipo de vida en la que ellos la habían criado.

El día que se casó, Aitana tenía el rostro iluminado. Eligió un vestido blanco estilo *hippie*, con cuello en uve y calados en la falda. En la cabeza no llevaba velo, solo una corona de flores que le cruzaba la frente. Rechazó el banquete con el que sus padres querían agasajarla y les pidió, tanto a ellos como a los pocos invitados pudientes, que no le regalaran nada. Prefería que colaboraran con la construcción de un centro donde albergar a los sin techo. Se casaron en una pequeña capilla, eludiendo cualquier tipo de ostentación. Después de la ceremonia se fueron a un modesto salón. Ahí, los marginados a quienes habían ayudado les tenían preparado

un festejo. Eva casi se desmaya al ver las mesas cubiertas con manteles de plástico estampados con colores chillones. Pero cuando constató que en lugar de las exquisiteces culinarias que ella hubiese servido, solo había tamales, se echó a llorar.

La familia compartió estoicamente el frugal refrigerio y elevaron sus copas para brindar con sidra “El gaitero”, que fue lo más que se pudieron permitir aquellos seres tan desfavorecidos. Lo peor fue cuando uno de ellos, después de haber averiguado el lugar de origen de la sidra, gritó ¡Viva Asturias! en honor al padre de la novia. A Nicanor se le enrojeció la cara de coraje y gritando más fuerte respondió:

–Pero si soy vasco, ¡coño!

Eva le propinó un pisotón por debajo de la mesa al tiempo que le daba un manotazo en el muslo. Nicanor, furioso, refunfuñó bajito:

–Me cago en sus muertos.



Este libro
de Luisa
Fernanda
Cuéllar
estuvo al
cuidado de
José Mateos
y se acabó de
imprimir el
30 de agosto
del año 2016.